

Acerca del lunfardo y la religión

Luis Alposta

Médico, poeta, ensayista.

Miembro emérito de la Academia del Lunfardo
y de la Academia Nacional del Tango

luisalposta@fibertel.com.ar

Inmanencia 2015;4(2):107-108



Meses atrás trascendió en los medios y fundamenLa Biblia nos dice que la palabra es un don divino que le fue concedido al hombre; por tanto, tuvo Adán el privilegio de haber sido él quien le pusiera nombre a los animales y a las cosas; y ese fue el primer acto poético del hombre, dado que poiésis es creación.

En un principio todos los hombres hablaban una lengua común hasta que intentaron construir la torre de Babel, que llegara hasta el cielo. Dios castigó la insolencia y confundió sus lenguas. Lo cierto es que, durante siglos, se debatió la cuestión de cuál fue el primer lenguaje hablado entre los hombres, con la inferencia de que quienes lo hablasen serían considerados como descendientes directos de la pareja primitiva.

Después, el hombre continuó creando y recreando palabras. Y así -torre de Babel mediante- hasta nuestros días, en que el lunfardo apareció entre nosotros. Es sabido que todos los hombres tienen una característica común que los separa de las demás criaturas. ¡Solamente el hombre hace herramientas con las que fabrica otras herramientas! De todas las herramientas que el hombre hace, la más característica y constructiva -también, a veces, la más destructiva- es la palabra.

El hombre llegó a ser un diestro hacedor de herramientas y usador de ellas por la sencilla razón de que era creador y usador de palabras. Los animales se valen de acciones y sonidos como señales, pero sólo el hombre ha aprendido a utilizarlos como símbolos. Ésta fue la forma más elemental de la tecnología.

Y de aquí, a la palabra que nos ocupa: el lunfardo, "tecnología de la furca y la ganzúa" según lo definió Jorge Luis Borges. En síntesis, una herramienta más. Claro que esta definición se ancló en el significado original: lunfardo 'ladrón', y luego, por extensión: vocabulario esotérico creado y utilizado por los delincuentes. Pero, actualmente, el concepto es mucho

más amplio: un fenómeno lingüístico natural, dado que es natural que el hombre cree y recree palabras. Se trata de un repertorio de voces, muchas de ellas traídas por la inmigración, que comenzaron a desarrollarse entre nosotros una existencia paralela al habla común, para terminar, en no pocos casos, siendo asimiladas por nuestro lenguaje familiar y coloquial. Aunque en sus comienzos sólo se lo hablaba en la trastienda del idioma, no por eso dejó de ser escuchado. Y ha sido en la calle, en el conventillo, en el café, en el sainete, en la poesía popular y en las letras de tango, donde encontró el medio más apto para su difusión. Mucho más que en el origen de las palabras, lo que importa es indagar en el color y el calor que puedan ellas proporcionarnos para lo que se quiere expresar. Es por eso que, en el lunfardo, no se trata únicamente de una cuestión de términos, sino también de una cuestión de tono y de intencionalidad. Digamos, entonces, que no conforma un vocabulario independiente, dado que vive dentro de nuestra lengua sirviéndose de su fonética, de su sintaxis y de buena parte de su léxico. Aparte de su valor críptico o esotérico y delictivo, el lunfardo es, esencialmente, un conjunto de voces de muy diversos orígenes que se ha ido introduciendo en la conversación familiar de todas las clases sociales con fines expresivos, irónicos o humorísticos.

El lunfardo apareció entre nosotros como una especie de Babel al revés, dado que, lo que en los tiempos bíblicos, y por castigo divino, fue caos y dispersión, en el último tercio del siglo XIX, en Buenos Aires, fue confluencia e integración. Confluencia en un determinado punto geográfico de hombres de distintas nacionalidades que, al integrarse al nuevo medio, habrían de aportar entre otras muchas cosas palabras y modismos.

Digamos ahora que no se trata de un fenómeno privativo de los porteños. Todos los pueblos han tenido

siempre sus voces jergales, sus argots; desde las tribus nómades, bohemias y gitanas hasta los parias y los “thugs” de la India. En Inglaterra se lo conoce con el nombre de *slang o cant*; en Alemania con el de *rotwelsch*; en España como *jerigonza o germanía*; en Rusia como *zhargon*; en Rumania como *smecheareasca*; los gitanos lo llaman *caló*; los portugueses *calao*; los griegos *koiná*; los holandeses *bargoens*; los bohemios *hantynka*; los indostanos *bailabalán*; los chinos *hiang-chang*. En América, tenemos *el malespín* de los costarricenses y nicaragüenses; la *giria* de los brasileños, *la replana* de los peruanos, *el caliche* de los mejicanos; el *coa* de los chilenos y, entre nosotros, *el lunfardo*.

Adaptar a nuestra manera de ser y de sentir no pocos de los vocablos heredados del español; crear y recrear palabras e ir sumando voces extranjeras a los entresijos del idioma, es una tarea de la que siempre se ha ocupado el pueblo, sin dejarse amedrentar por cuanta academia pudiera salirle al paso.

Por eso, y sin temor a equivocarnos, podemos decir que cada vez que a alguien se le ocurra solicitar un “certificado de supervivencia” para cualquiera de estas voces, seguirá siendo el pueblo la única autoridad competente en condiciones de extenderlo.

VOCES LUNFARDAS DE ORIGEN ECLESIASTICO

Confesionario: Despacho de un juez.

Confesor: Juez

Santería: Ferretería (donde se adquiere la herramienta)

Santo: Dato o informe acerca de algo / 2 Cortafierro

Toletole: Desorden, lío. (Del lat. *tolle*, quita, imper. de *tollere*, por alus. a las palabra *tolle eum*, con que excitaban a Pilatos a que crucificara a Jesús). m. Confusión y gritería popular. U. m. repetido.

Monseñor * (delinc.) Pinza especial de dientes largos, o canuto metálico con el que se acciona desde el exterior, la llave de una cerradura colocada del lado interior de la puerta.

Arzobispo * (delinc.) Cortafierro

* Porque a ambos, supuestamente, se le abren todas las puertas.

ACERCA DE TEMAS BÍBLICOS EN VERSOS LUNFARDOS

Enrique Otero Pizarro (Córdoba 21 de diciembre de 1915 - Buenos Aires 4 de mayo de 1974) fue abogado, juez, educador, ministro, pero, por sobre todas las cosas, fue, esencialmente, poeta. Y así lo recordamos. Su obra literaria no es abundante. Escribió cuentos, teatro y poesía. En Buenos Aires, en 1967, se estrenó su drama “El proceso de Don Juan”.

Otero Pizarro fue un hábil sonetista, como lo demostró, por ejemplo, al parafrasear a Lope de Vega, o al abordar temas tan especialmente delicados y hon-

dos como el de ciertos pasajes bíblicos que se refieren a Jesucristo, cuya desacralización no resulta en modo alguno irreverente aunque sí grotesca por la conjunción de gracia y patetismo que alcanza. Acostumbraba a firmar sus sonetos con el seudónimo de Lope de Boedo. Sonetos, cuyos originales inéditos me facilitara su hijo y que di a conocer en mi Antología del Soneto Lunfardo (Ed. Corregidor - 1978). Y hoy quiero recordar este soneto:

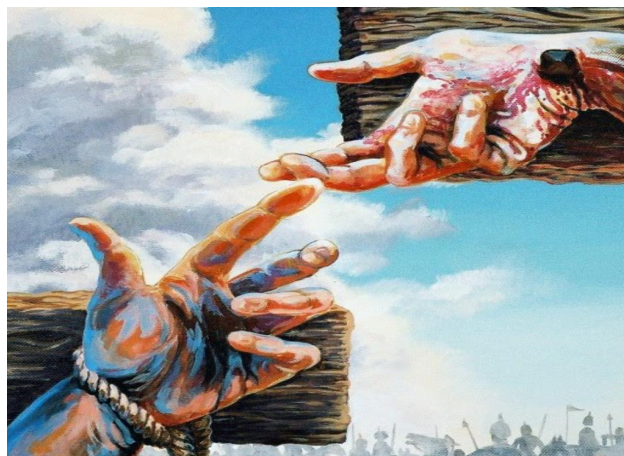
DOS LADRONES

Hay tres cruces y tres crucificados.
En la más alta, al diome, el Nazareno.
En la de un güin lloraba el grata bueno
mangándole el perdón de sus pecados.

Escracho torvo, dientes apretados,
mascaba el otro lunfa el duro freno
del odio y gargajeaba su veneno
con el estrilo de los rejugados.

¿No sos hijo de Dios? ¡Dale salváte!
¿Sos el rey de los moishes? ¡Descolgate!
¿Por qué no te bajás? ¡Andá, che, guiso!...

Jesús ni se mosqueó. Minga de bola...
Y le dijo al buen chorro: estate piola,
que hoy zarparás conmigo al Paraíso.



<http://bit.ly/1k7KLTL>

